

CRÓNICAS Y DOCUMENTOS

CRÓNICAS:

LIBRO SOBRE CARLOS SACHERI

Vi por primera vez a Carlos Sacheri en Madrid, en el bar *Zodiaco*, ubicado en la esquina de las calles Agustín de Foxá y Enrique Larreta. Fue en los años sesenta, 67 o 68, cuando él regresaba a Buenos Aires después del semestre en Quebec. Antes de ello teníamos noticias mutuas, que anticipaban un muy buen entendimiento, pues nos aseguraban estar en una común trinchera.

La nuestra fue una amistad a distancia, separados como estábamos por una cordillera que determinaba la existencia de misiones distintas, si bien comunes en los principios y en los últimos fines. Nos vimos en algunos congresos del IPSA en Buenos Aires; en Venezuela, adonde fuimos invitados por Pedro José Lara Peña, que incluyó en la invitación a nuestras mujeres, para que no tuviéramos argumentos para rechazarla; la última vez fue en Valparaíso, en junio de 1974, en la celebración del séptimo centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino. El 22 de diciembre de ese año, a mediodía, una llamada telefónica de Patricio Randle me da la noticia que a todos nos conmovió.

Las nuestras fueron vidas paralelas: teníamos aproximadamente la misma edad —él dos años mayor—; ambos con familias numerosas; ambos dedicados a la filosofía, lo cual era bastante insólito en las familias tradicionales de uno y otro lado de los Andes; ambos, por tanto, teniendo presente, a veces con bastante urgencia, la necesidad del *primum vivere*; ambos con maestros semejantes, y amigos entre sí —los Padres Julio Meinville y Osvaldo Lira—, quienes nos introdujeron en el conocimiento de Santo Tomás de Aquino y en el afecto por él y por su obra; ambos preocupados, y a veces angustia-

dos, por el rumbo que tomaban nuestras patrias y por la apostasía que se producía en el interior de la Iglesia.

De la personalidad de Carlos Sacheri, creo necesario recordar aquí algunos rasgos que, a mi juicio, la hicieron notable. Son tres aspectos que aparecen en el libro que ahora comentamos (*).

El primero de ellos es la virtud de la magnanimidad. Carlos Sacheri la practicó de manera ejemplar: nunca se enredó en pequeñeces. Todas esas rencillas y recelos, pequeñas envidias y prevenciones, que desgraciadamente suelen aparecer para envenenar las relaciones entre amigos que, no obstante, defienden lo mismo, tienen los mismos principios, sufren por los mismos males de la Iglesia o de la patria, no existieron en el alma de Carlos. Primó en él lo grande, y, con esa sonrisa suya de niño bueno, pasó por encima de tales mezquindades. Por eso su obra fue fecunda, como estéril es la que se ahoga en medio de tales resquemores.

El segundo aspecto que quiero ahora destacar es el equilibrio, logrado en la persona de Carlos, entre la contemplación y la acción. Al estudio riguroso unió la enseñanza clara, y a ésta el consejo pertinente y la dirección eficaz de la acción. Este equilibrio, que es tan difícil de lograr, excluye, como las virtudes, tanto el exceso como el defecto. Entre el intelectualismo que suele ser refugio de una debi-

(*) Nuestro amigo el profesor Héctor Hernández ha dado a las prensas una monumental obra sobre Carlos Alberto Sacheri: *Sacheri. Predicar y morir por la Argentina*, Vórtice, Buenos Aires, 2007, 992 págs. El pasado día 30 de agosto, en el Instituto de Filosofía Práctica de Buenos Aires, que Sacheri contribuyó a fundar, que presidió hasta su muerte nuestro gran amigo el profesor Guido Soaje y que hoy dirige con pericia y audacia nuestro no menos amigo y queridísimo colaborador el profesor Bernardino Montejano, se celebró una sesión académica para presentar el libro. Hicieron uso de la palabra los profesores Juan Antonio Widow, Fernando de Estrada y Miguel Ayuso. Dando las gracias a continuación el autor y abriéndose un animado coloquio en que amigos, discípulos y familiares de Sacheri recordaron el testimonio de quien, en 1974, fue asesinado por la guerrilla marxista cuando salía de misa con su familia. Sacheri fue uno de los más activos y valiosos animadores de la Ciudad Católica argentina. En nuestras páginas se publicó por ello el *in memoriam* de Juan Vallet de Goytisolo y hace algunos años, en el veinticinco de su asesinato, un texto del ya citado Bernardino Montejano. Hoy es un honor para nuestras páginas publicar las palabras de nuestro querido colaborador chileno, el profesor Juan Antonio Widow, en el acto antes referido (N. de la R.).

lidad de espíritu, y el activismo que, aunque parezca paradoja, muchas veces es el disfraz de la pereza, se halla la contemplación fecunda, la sabiduría unida a la caridad. Las descalificaciones mutuas que se prodigan intelectualistas y activistas terminan en nada. El justo medio, perfectamente logrado por Carlos Sacheri, es el de los principios y su encarnación: ni principios solos, en su abstracción, con lo cual no son principios de nada, ni la agitación vana. Es decir que el justo medio es el verdadero amor al prójimo, cuya forma más perfecta es el amor al bien común encarnado en la familia, en la patria, en los amigos y, también, en los enemigos.

El tercero, y último, de los rasgos de la personalidad de Carlos Sacheri que ahora quiero recordar es el de su fe católica. La fe se nos da por dos sacramentos: el bautismo, por el cual nacemos a la vida sobrenatural, y la confirmación, que perfecciona la fe dando la capacidad para confesarla. Esta capacidad, como se nos enseñaba en nuestra niñez, nos convierte en soldados de Cristo, es decir, nos introduce en el ámbito público en el cual es necesario confesar la fe, tanto por las palabras como por las obras: es la mayoría de edad de la vida sobrenatural.

Suele ocurrir en nuestros tiempos que estas gracias sacramentales, como en la parábola del sembrador, se marchiten por falta de tierra fértil o se ahoguen a causa de los cuidados del mundo: el resultado es que la vida cristiana se ve reducida al ámbito privado de una piedad que corre serio peligro, así, de perecer por inanición. La falacia de la religión entendida como asunto privado la convierte en algo vergonzante y, en definitiva, en algo muerto. La fe, para ser completa, requiere manifestarse en el orden público: es probable, por esto, que esa misteriosa e inquietante pregunta que se hace Cristo, “pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” (*Lucas* 18, 8), se refiera a la fe pública, a la fe encarnada en las instituciones y en la vida común, pues la fe personal, aunque acosada e impedida de manifestarse como verdad universal, sabemos que subsistirá en los elegidos.

Pues bien, es de la confesión y defensa de la fe católica de lo cual ha dado ejemplo Carlos Sacheri. Es probable que este sea el motivo por el cual lo mataron: su libro sobre la iglesia clandestina

fue un acto de defensa de la fe. Su testimonio, entregado con el sello de su muerte, es éste: la fe católica es el máximo bien común de la sociedad.

JUAN ANTONIO WIDOW

DOCUMENTOS:

LA CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE MOTU PROPRIO *SUMMORUM PONTIFICUM*

Verbo ha tenido por regla no entrar en las discusiones litúrgicas suscitadas tras la introducción del *Nous ordo Missae* en 1970. Rubricada como *Revista de formación cívica y acción cultural según el derecho natural y cristiano*, su campo de acción privilegiado ha sido el de la doctrina social de la Iglesia y el de la filosofía práctica. Sin negar la importancia de la liturgia ni la que el (a la sazón) Cardenal Ratzinger calificó en su día de “devastación”, con referencia a la reforma litúrgica, hemos preferido no ocuparnos de la cuestión. No podemos, sin embargo, dejar de registrar la importancia de la carta apostólica que en forma de *Motu proprio* ha promulgado S.S. el Papa Benedicto XVI el pasado 7 de julio. Reproducimos su texto castellano, de la versión no oficial hasta ahora publicada, con el alborozo de ver el inicio de la restauración de la liturgia tradicional de la Iglesia (N. de la R.).

“Los sumos pontífices hasta nuestros días se preocuparon constantemente porque la Iglesia de Cristo ofreciese a la Divina Majestad un culto digno de “alabanza y gloria de Su nombre” y “del bien de toda su Santa Iglesia”.

“Desde tiempo inmemorial, como también para el futuro, es necesario mantener el principio según el cual, “cada Iglesia particular debe concordar con la Iglesia universal, no solo en cuanto a la doctrina de la